

lo perdido, lo derrotado y lo reprimido, cuyas ruinas quisieran la piedad de otra historia. En la memoria involuntaria proustiana, Benjamin encuentra el modelo de esta piedad: la redención por la memoria y la experiencia de una subjetividad dislocada: el tiempo recobrado, el “querer hacia atrás” de Zaratustra, el “retorno de lo reprimido”, que pierde definitivamente su carácter “siniestro” y transforma al presente en una “constelación cargada de tensiones” y al saber en una práctica tan distante del silencio como de la palabra plena.

Diego Tatián

---

*El porvenir es largo,*

Louis Althusser,

Ed. Destino, Col. Ancora y Delfin,

Barcelona, 1992, 482 p.

---

Dice Althusser: “Tenía fama de salvaje, enclaustrado en mi viejo departamento de la Ecole del que no salía casi nunca, y si mantenía todas las apariencias de aquella reclusión insociable, era para intentar entrar en el anonimato en el que pensaba encontrar mi destino y por añadidura la paz. Y ahora que confío al público que se digne leerlo este libro tan personal, es una vez más, pero a través de este sesgo paradójico, *para entrar definitivamente en el anonimato*, no tanto de la losa sepulcral del no ha lugar, como de la publicación de todo lo que se puede saber de mí, que estaré así para siempre en paz con las preguntas indiscretas. Porque por esta vez todos los periodistas y otras gentes de los medios de comunicación se verán saciados, aunque ya veréis cómo no se sienten totalmente satisfechos. Primero porque

no habrán tenido nada que ver y luego porque ¿qué pueden añadir a lo que yo escribo? ¿Un comentario? ¡Pero si yo mismo los hago!”

¿Qué se puede decir de este texto, llamado autobiografía, que no se encuentre ya en su despliegue interno? Obviamente, no podemos hablar del acto que lo abre y lo cierra, del cual sin embargo ya empezamos a decir algo. ¿Es posible esquivar los hechos, callar sobre los cuerpos, olvidar la vida para recuperar solamente la “autobiografía”? Pensemos, mejor, en una frase de Wittgenstein que acaso contenga la lógica de toda explicación o reconstrucción de un acto en principio inexplicable, de un crimen sin sujeto, de unas relaciones de violencia cuyas conexiones forman casi un destino, aunque no todo allí sea indecible o involuntario.

“¿Por qué lo hiciste?” Respuesta: ‘Me dije a mí mismo tal y cual cosa...’ En muchos casos el motivo es justamente lo que damos al ser interrogados”. Wittgenstein está hablando de lógica y no de experiencias, pero precisamente el problema es el mismo: la cuestión de las causas y de los orígenes. Si uno no puede decirse a sí mismo tal y cual cosa, entonces no puede dar razón de su experiencia ni de sus discursos, se queda sin motivo (en sus dos acepciones, es decir, sin causa y sin tema) para actuar. Aunque, claro, la causa siempre se escapa al lenguaje, va hacia un vacío que el discurso procurará colmar en un monólogo sin fin. Sin embargo, Althusser, que no fue sometido a juicio, que no fue interrogado, se vio obligado a recluir su acto en un silencio sin motivo, el de la declaración de no haber lugar, de inimputable, de sin razón. *El porvenir es largo* se constituye como el juicio público que él mismo, como culpable y como libre de culpa, reabre y promueve; juicio que se transforma en intentos de explicación, en busca de motivos para toda una vida, una práctica, una investigación filosófica.

Pero, ¿puede incluso la voluntad ser llamada responsable? Problema jurídico al que Althusser, siguiendo a Foucault, dedica una observación muy precisa en los capítulos subsiguientes al primero (aquel que narra, con frases breves y una objetividad que de tan extrema acusa la cercanía entre lo narrado y quien narra, el estrangulamiento de su mujer).

El porvenir es largo porque el corto pasado queda anulado al extenderse en una escritura interminable de la memoria. Hacia atrás queda todo; cientos de páginas, dos autobiografías (la primera, *Los hechos*, es de 1976 y tiene un tono y una velocidad entre despreocupados y fantásticos), prácticas políticas y textuales, etcétera. Dialogando con la memoria y el olvido, con

la reconstrucción de los recuerdos y los testimonios de otros que iluminan la zona oscura del olvido, de lo que se sabe todo y de lo que se ignora todo, Althusser coloca en ese largo pasadizo un espejo que se proyecta hacia su interpretación en el momento de la escritura, y hacia su salvación, si eso es posible, en el momento de la vida y de las mínimas repeticiones y desvíos que acaso la componen.

Pero publicar todo, es decir, entrar definitivamente en el anonimato, que el nombre sea una figura de autor y no la propiedad de un cuerpo, es imposible, incluso para los muertos a los que se les sigue exigiendo vidas y grafías, anécdotas y explicaciones, que no podrían agregar nada a sus escritos, pero mucho a los deseos del público y que como todos los deseos son imposibles de saciar.

*Silvio Mattoni*

